

determina el de la *Era hispánica* ó de Augusto, correspondiente al 1º de Enero del año 38 ántes de J. C.

CAPITULO VII

Heroicidad de los Cántabros y astures.—España bajo el imperio.—Últimos siglos de la dominación romana.

Muerto César, su sobrino Octavio reclamó la herencia de su tío, y libre de sus rivales Marco Antonio y Lépido, quedó dueño absoluto del mas vasto imperio de la tierra.

Este emperador, el primero de la potente Roma, conociendo lo léal y valeroso de los habitantes de nuestra Península, escogió para su particular resguardo un cuerpo de tres mil españoles de *Calagurris* (Calahorra); y de las diferentes divisiones de esta parte de su imperio, formó una sola, dándole la unidad política de que hasta entonces careciera.

Pero aun quedaban algunos pueblos heroicos que dede los primitivos tiempos con-



servaban su libertad é independencia. Estos pueblos eran los feroces astures y cántabros, en cuyas agrestes y empinadas cumbres ni cartagineses ni romanos habian podido penetrar. El poderoso Octavio se propuso sujetar á todo trance aquellos indómitos montañeses, y al frente de un ejército numeroso y aguerrido marchó á combatirlos en las escarpadas rocas en que vivian. Estableció sus reales en *Seguisamo* (Sasamon, entre Burgos y el Ebro) con objeto de comprometer á sus enemigos en una batalla campal. Pero los cántabros, combatiendo en guerrillas, cansaron á las legiones romanas y acabaron con la paciencia del emperador, que desesperado tuvo que retirarse á Tarragona. Su general Cayo Antistio tuvo la suerte de batirlos en un encuentro, despues del cual los sitió en monte *Medulio* (cerca de Reinosa), en cuya falda abrió un ancho foso defendido por una espesa y fortísima línea de torres que encerraba á los heroicos cántabros en un círculo de hierro que ningun esfuerzo humano pudiera romper. Aquellos valientes sitiados ven entonces lo horrible de su apura-

da situacion; intentan abrirse paso espada en mano, y cuando conocen lo imposible de su temeraria empresa, se revuelven unos contra otros en desesperado empuje, y allí perecen todos asesinados por sus propias manos por no caer vivos en poder de sus abominables enemigos. (Año 23 antes de J. C.)

Allí pereció la sagrada causa de la libertad é independencia que por espacio de tantos siglos y con tan sin igual heroismo habian defendido, contra todo género de enemigos, los hasta entonces invencibles cántabros; pero pereció envolviendo en su caída los enrojecidos cáda-veres de aquellos esforzados patricios, cuya preciosa sangre fecundizó la noble tierra que mas tarde habia de producir otras nuevas generaciones de héroes que reconquistaran sus preciados derechos, infamemente pisoteados por los tiranos.

La gloriosa bandera de la patria tremolaba todavia en los nevados picos asturianos y en algunos puntos de la Lusitania, insurreccionados por los mismos astures. Enfurecido Augusto, marcha sobre los primeros al



frente de la mitad de su ejército y confía el resto á su general Casirio con encargo de reducir á los sublevados en la Lusitania. Salen estos al encuentro del romano y aceptan la batalla sin yacilar: terrible fué la lucha, que duró dos días y terminó al fin con la victoria obtenida por Casirio. Los que no habían abandonado su patria, opusieron una obstinada resistencia, pero Augusto se apoderó de *Lancia*, (hoy Collanzo, provincia de Leon) donde aquellos tenían su plaza de armas, y privados de este apoyo tuvieron al fin que sucumbir. Entonces el triunfante emperador les obligó á abandonar sus breñas y les puso varias colonias militares, á manera de centinelas; pero á los cinco años, cansados de tan vil sujecion, se levantaron de nuevo y con mayor energía que nunca.

Para reprimir esta imponente insurreccion hizo Augusto que su yerno *Agripa*, uno de sus mas afamados generales, viniese con un fuerte y aguerido ejército de las Galias; pero en los primeros encuentros fué vencido por los feroces astures, y únicamente despues de poderosos esfuerzos y á costa de innumera-

bles víctimas, alcanzó la victoria. Entonces invadió á sangre y fuego la *Cantabria*, y solo envainó la espada cuando no quedó con vida ni un solo enemigo capaz de tomar las armas.

Con esta horrible guerra, con la matanza de los heróicos cántabros y astures, se extinguió por entonces el último reflejo de la independencia de España, «primer país del Continente que invadieron los romanos, dice Tito Livio, y el postrero que se sometió.» Con efecto desde Scipion hasta Agripa, mediaron doscientos años de una sangrienta lucha, apenas interrumpida, en defensa de la libertad.

Siguióse la época que la historia de España apellida de *Paz octaviana*, y convertida en provincia de Roma tomó del imperio sus usos, costumbres y organizacion, dándole en cambio sus riquezas, sus tesoros y sus legiones, que por él y bajo sus órdenes, combatieron denodadamente en los primeros siglos de la Cristiandad.

Durante esta época no ocurrió en nuestra Península suceso alguno digno de especial



mencion, si se exceptúa el establecimiento del *Cristianismo*, cuya propagacion principió en España el apóstol *Santiago el Mayor*, en tiempos de Calígula. (Año 37 de la Era Cristiana).

Reinando Domiciano, la religion del Crucificado tuvo tambien entre nosotros sus primeras víctimas, en los siete obispos discipulos de Santiago, *San Gervasio*, de *Itálica*, y *San Eugenio I*, de Toledo, que por su fé ortodoxa recibieron la palma del martirio, reservada tres siglos despues para las santas *Justa* y *Rufina*, en Sevilla, *Eulalia*, en Barcelona; *Engracia*, en Zaragoza y *San Vicente*, en Valencia.

Los cuatro últimos siglos que España, como provincia romana, permaneció bajo el Imperio, no ofrecen novedad alguna que debamos consignar en estos lijeros apuntes.

La completa sumision de astures y cántabros sirvió á Augusto para encerrar dentro de una misma fórmula política, toda aquella diversidad de pueblos, de lenguas y de tendencias. Bajo el peso del manto imperial quedó ahogada la libertad de España; obte-

niendo en cambio la nacion el principio de aquella unidad que más tarde tuvo sus héroes en Pelayo é Isabel la Católica.

Con la asimilacion de nuestra patria al resto del Imperio y su confusion con él, tomó su lengua, usos y costumbres; conservando únicamente de su antigua vida su varonil entereza y gigantesco valor. Con Italia y con las Galias sufrió desangrándose aquella espantosa invasion de los pueblos indogermánicos; pero al destruir estos las gastadas razas occidentales, importaron con su sangre jóven y generosa, las nobles ideas de dignidad personal que sirvieron de base á la monarquía goda.

Cuando calmada aquella furiosa tempestad, apareció en el horizonte el precioso iris de la paz, Ataulfo levantó un trono donde Amilcar habia erigido una ciudad. Aquí comienza para nuestro pueblo una nueva y más feliz y provechosa Era, que describirémos más adelante.